

NUEVA ESPAÑA



SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

EL CAPITÁN GALÁN



La figura de Fermín Galán quedará para siempre en la historia de España como un ejemplo de idealismo y de decisión revolucionaria, aquí donde el idealismo y la decisión revolucionaria parecían en crisis. Ha tenido que venir la generación de los que tienen treinta años, la generación de 1930, a reivindicar el fervor por los ideales, el desprecio por el peligro y la entrega ardorosa a la causa de la Revolución. Fermín Galán, su compañero García Hernández, los jóvenes intelectuales, obreros y campesinos que se unieron al movimiento para afirmar espléndidamente la función de sacrificio por las ideas que incumben a la generación actual. Son los símbolos de la España juvenil y desinteresada que se agrupa en las organizaciones estudiantiles y obreras. Ha tomado sobre sí la responsabilidad histórica de este momento y no cesará hasta lograr los objetivos que constituyen su constante preocupación.

Fermín Galán resume, por su vida y por su muerte, el idealismo de nuestra generación. Culto, valiente, bondadoso y decidido, era uno de los nuestros. En NUEVA ESPAÑA era el camarada que colaboró con nosotros desde los primeros momentos bajo el seudónimo de C. FERGA. Sus artículos, que enriquecen la colección de nuestra revista, eran un modelo de doctrina política, de expresión diáfana y resuelta, de entusiasmo ideológico y de agudeza literaria. Su visión de los problemas de España no estaba limitada por ningún estrecho nacionalismo. Lo más interesante en el espíritu de Galán era su concepción humanística y totalizadora de los problemas del espíritu. Si no tan fecunda como sería su vida, su muerte no puede ser estéril. Ya tiene nuestra generación el héroe que necesitaba, la estrella clavada para siempre en el horizonte de sus destinos.

El capitán don Fermín Galán.

Ayuntamiento de Madrid

EDITORIALES

COMENTARIO
A UN ESCRITO

Recientemente hemos tenido ocasión de leer un documento cuyo texto consideramos de gran importancia, no sólo por las ideas que en él se formulan, sino también por la actitud decisiva que revela en algunos altos prestigios de la intelectualidad española.

Desde luego, suscribimos con todo entusiasmo los postulados de dicho escrito. El hecho de que nuestro ideal avance más en cuanto a procedimientos y formas no impide que aprobemos totalmente las bases de renovación propuestas. Por lo pronto sus palabras demuestran una realidad hatañeña. La de que día por día, hora por hora, la opinión española consciente, la que trabaja, estudia, piensa y vibra va organizando en gran escala una labor política de coincidencia. A su frente se ponen hoy nuestros máximos prestigios intelectuales.

Cuando la ocasión nos sea propicia y las circunstancias permitan exponer con amplitud nuestro criterio, dedicaremos el comentario que merece al trascendental documento. Por ahora nos limitamos a consignar nuestra adhesión a la totalidad de su contenido.

LAS CORTES
DE BERENGUER

Hemos sido los primeros en considerar imprescindible para las izquierdas la abstención electoral. Cuando el verano último insistió el general Berenguer, con obstinación que sólo se concibe en un militar acostumbrado a la obediencia, en la idea de convocar un Parlamento, lo recusamos por faccioso, ineficaz e ilegítimo. Nuestro compañero Antonio Espina publicó entonces un artículo titulado Nada de contrapunto: abstención, que viene a resumir la actitud adoptada ahora unánimemente por las izquierdas.

Las Cortes que quiere convocar el general Berenguer son un escarnio para la institución parlamentaria y una befa para la voluntad nacional, nada se diferenciarán de la última asamblea que el jefe del Estado inauguró en unión del dictador. Los cantos palatinos representarán únicamente los intereses de una institución que se encuentra hace tiempo dividida de los intereses de la nación por franca rebeldía con las leyes que legitiman. El hecho de que sean gallal, Romanones y Cambó los únicos representantes de grupos políticos dispuestos a participar en la obra electoral, prueba hasta la evidencia que el Parlamento Berenguer no presenta la voluntad nacional. Los

NUEVA
ESPAÑA

SEMENARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA

JOAQUIN ARDERIUS

JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS, 41

MADRID

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

hombres y los núcleos más prestigiosos de nuestra política se apartan honestamente de unas elecciones que por su fin y por sus medios han sido recusadas de antemano por el pueblo. ¿Qué autoridad pueden tener esas Cortes ante la opinión nacional y ante la internacional para votar tributos, confeccionar leyes y obligar a los ciudadanos a cumplir sus acuerdos? Los

ROGAMOS

a nuestros suscriptores se sirvan remitir a esta Administración el importe de su suscripción, por giro postal o en sellos de Correos, y que tomen nota que, de no haber recibido su remesa, pondremos en circulación, a fin del presente mes, una letra por el importe de la anualidad.

A nuestros lectores.

La huelga de Impresores nos ha obligado a suspender los trabajos de confección del presente número cuando ya se habían tirado ocho planas. Hemos preferido salir con tan exiguo texto, a tener que interrumpir durante una semana más nuestra comunicación con el público. Perdonen los amigos de NUEVA ESPAÑA esta involuntaria anomalía.

Ayuntamiento de Madrid

ciudadanos que las consideran tan ilegales como engendradas en dictadura tienen derecho a recusar por ilegítimos a los que por favor del Poder van a denominarse representantes populares.

Pretender oponerse a las decisiones de la nación que sólo ve en la República el punto de partida para la transformación de España, es como poner puertas al mar. De un modo u otro la voluntad de los pueblos se cumple al fin inexorablemente.

DESIDENCIAS
EN EL LABORISMO

Mientras en los países de régimen conservador y antiparlamentario, se agravan todos los problemas, incluso los que parecen más insignificantes, en los países de régimen liberal se sobrellevan grandes conflictos interiores y exteriores, con esfuerzos relativamente pequeños. Del Parlamento alemán ha salido la mejor fórmula para el pago de las deudas de guerra y para la salvación del crédito exterior de Alemania. El reciente triunfo de Steeg y de las izquierdas en la Cámara francesa ha consolidado la autoridad del Gobierno poniendo en marcha todo un programa de reformas proletarias que el conservatismo de Tardieu había paralizado.

Únicamente Inglaterra parecía inmóvil o remisa en el ya un tanto anticuado socialismo de Mac Donald. Tal moderación en momentos de crisis industrial como la que viene sufriendo Inglaterra desde hace dos años, no podían tolerarla los grupos avanzados del laborismo. Estos grupos entienden que sólo mediante una actuación radical del Gobierno puede normalizarse la vida económica del país. Y acusan al Gobierno laborista de demasiado tibio.

La disensión empieza a producir sus efectos. El Independent Labour Party piensa atacar en el Parlamento al núcleo directivo del partido laborista. Sin embargo, se sostendrá la colaboración hasta el momento decisivo en que se discutan los propósitos del Gobierno respecto a los proyectos de los sectores de extrema izquierda, o sea de los independientes escoceses y los comunistas. James Maxton, independiente y escocés, comienza a llevar detrás de sí la gran masa de los diversos partidos socialistas de Inglaterra.

No es difícil asegurar el triunfo a James Maxton. Y con él comenzará un período típicamente renovador, en el que se puedan abordar con amplitud todos los aspectos de la crisis industrial. En este caso, veremos cómo en Inglaterra—lo mismo que antes en Alemania y Francia—resuelve el espíritu liberal lo que no acierta ni siquiera a plantear el espíritu conservador.

UNA VISITA A JACA, DESPUES DE LOS SUCEOS

La clave de la derrota.-Dramático paisaje.-No se puede visitar al capitán Salinas.-Los presos civiles. El abogado Rico y el maestro Valseca. - ¡Libros! ¡Libros! - Cómo se proclamó la República ante el pueblo. - La figura de Galán.

Un colaborador de NUEVA ESPAÑA ha hecho un viaje a Jaca para informarse personalmente y hablar con los detenidos. A continuación publicamos la cartaque nos envía llena de detalles desconocidos y de impresiones emocionantes, que hasta ahora no han sido reveladas al público.

El pasado domingo estuve en Jaca. Salimos de Zaragoza a las siete de la mañana. Dos amigos de aquí y otro de Tardienta, hombre de gran facundia. La mañana es bastante fría. El auto, propiedad de uno de los amigos, marcha bien. Antes de las nueve pasamos ya por el cementerio de Huesca; nos descubrimos. Cambiamos unas palabras con unos amigos de Huesca que debían acompañarnos y que se excusan. Minutos después estamos en el teatro de la derrota de las fuerzas republicanas. Nos apeamos. Es un descampado diáfano. En las lomas que limitan el término de la población estuvo emplazada la artillería. En un plano inferior las ametralladoras. Las tropas que vinieron de Zaragoza quedaron en *vanguardia*; las de Huesca a *retaguardia*. Esto aclara la totalidad del fracaso. Los comprometidos de Huesca no pudieron hacer nada ni *en favor* ni *en contra*. Las tropas del Gobierno cortaron la carretera a menos de medio kilómetro de distancia de Huesca. Por tanto, de haber llegado allí la columna revolucionaria hubiese sido latida a placer. Estamos en este momento sobre el corte—va recompuesto—de la carretera. Desde aquí se divisa perfectamente el pequeño santuario que está a tiro eficaz de fusil. Ni en los árboles, ni en el terreno hay señales de impactos. La carretera hacia Huesca es ondulante. Al llegar la columna de Galán a una de las últimas eminencias del camino, se encontró, sorprendida, con la vanguardia del enemigo. Sabían que iban a encontrarlo, pero se echaron encima sin saberlo. Una pausa. Se destaca Salinas—con bandera blanca—en unión de García Hernández y chófer. El parlamento es apresado sin consideración. La artillería rompe fuego contra los camio-

nes; las tropas rebeldes, sin moral y rendidas de cansancio físico, oponen levisima resistencia. Los soldados tratan de guarecerse tras de los autos. Los oficiales mandan inútilmente «cuerpo a tierra». Las ametralladoras tiran a ras de tierra—todos los heridos, en su mayoría, lo están en las piernas. El ala derecha de Galán—veteranos vascos—se agarra al terreno. Caen varios muchachos. El ala izquierda retrocede hasta el santuario. Galán ordena recoger los heridos. Los paisanos cumplimentan la orden. Sigue el fuego ya con furia. Galán entonces da la orden de retirada y varios oficiales logran reunir el núcleo mayor de las fuerzas y retroceden a Ayerbe. Se inicia la desbandada. Los autos que no están inutilizados escapan, y Galán queda solo, frío, sereno. El abogado José Rico—preso hoy en Jaca—ocupa un auto con cuatro civiles más. En el estribo montan varios oficiales que acompañaban a Galán, y obligan a éste a retirarse. Cede al fin Galán. Cuando han rebasado Ayerbe, Galán manda parar. «Separémonos los militares de los paisanos.» Obedecen. Se abrazan. Huve el auto y Galán con los otros oficiales se encamina a un pueblín donde se entrega—después de desayunar en un caserío—al alcalde. De allí es conducido a Huesca. La población de Huesca no ha experimentado la menor sacudida social ni humana. Por orden de la autoridad se abrieron los comercios y funcionaron los espectáculos. Varios jefes de los que formaron el Consejo de guerra, después de firmar la sentencia de muerte se fueron al cine. La población no sintió el menor estremecimiento, ostensible al menos. A la mañana siguiente, las lomas que dominan el campo de la ejecución se poblaron de curiosos que con catalejos saborearon a placer todos los incidentes. Galán no tuvo visita de ningún compañero. Tampoco García Hernández. La cohardía moral y material de todos fué repugnante.

De Huesca a Jaca el camino es penoso. Mala la carretera, hoy es peor por la nieve. Un kilómetro, y otro, y

otro... Vamos recorriendo, a la inversa, el camino mismo por donde Galán iba a la muerte. La sombra de Galán llena todó el camino. Todo el paisaje me parece impregnado de él. La carretera atraviesa Ayerbe. Hoy es el día de la gran fiesta. Las autoridades van a colocar *las pulseritas* a las heroicas telefonistas. Allí están las tribunas tapizadas de percalina con los colorines nacionales. Falta poco para la fiesta y no hay un alma. El *pueblo* ha decidido ausentarse de Ayerbe e ir en manifestación de homenaje a sus presos: a Jaca unos, otros a Huesca. Seguimos. A partir de aquí hasta Jaca, las curvas se intensifican hasta lograr la respetable suma de doscientas. Excitado por los preparativos de la fiesta en Ayerbe, un compañero bromea estentóreamente. «Hemos de venir aquí»—Ayerbe—. «Aquí dimos el último mitin.» «Cuando dos días antes del alzamiento de Jaca yo les decía a estos buenos republicanos: este es el último mitin que celebramos dentro de la Monarquía, no querían creerme», etc., etc... «Si Galán se me hubiese confiado...»

Caminamos por la margen izquierda del río. El agua tiene una coloración inefable. También las montañas... «Mire usted las águilas allá en aquella cumbre», me dice el chófer, hombre ilustrado que habla poco por propia condición y porque va sumamente atento a las curvas y al camino lleno de nieve. Ahora abandonamos la margen del río. Caminamos a la izquierda del pantano. Después entramos en una trinchera natural. Estamos a 1.600 metros. Esto se pone feo. La nieve arrecia fuerte. Todó está blanco: el camino, los árboles, las montañas. Todo esto vió desfilarse a Galán y a los suyos en una empresa que aquí, en esta decoración, se me antoja imponente. Mientras, nosotros, en España, a lo sumo, hablábamos. Vuelvo a tener un acceso de bilis. Nos apeamos el chófer y yo... Este me indica unas rocas bermellón desgastadas por las aguas. Tienen formas extrañas. Parecen momias egipcias. «Mire usted las águilas» Seguimos. Ahora, hasta Jaca, el camino descende un poco. Jaca a la vista. Allá, casi en la

cumbre de la montaña, dos fuertes que dominan la población. La emoción sentida al entrar en el pueblo no puedo transcribirla.

Paramos en un cafetín, donde tomo un cordial. Envían razón a unos amigos. Vienen. Es comprometido dar los nombres. Decidimos afrontarlo todo. ¡ Bueno es el hombre de la facundia para andar con tapujos! Dice el chófer: «Vamos, pues, primero a lo más difícil: a la ciudadela a ver a Salinas.» Se nos suma un abogado de Jaca que tiene pase. Logramos penetrar con el coche en la ciudadela. La nieve ha encharcado las calles, el patio de la ciudadela es un barrizal. Hace un frío del demonio.

Hay que pedir permiso al comandante del Estado Mayor. No ha venido, sí ha venido... Decido averiguarlo. Un oficial se presta a acompañarme—no sé por qué—y me lleva a presencia del comandante. Tras de mí sube uno de los amigos. El chófer y el de la facundia quedan en el auto. Y al llegar a este momento hemos fracasado en nuestro principal objetivo: ver a Salinas. En Zaragoza decían que era fácil, pero el capitán general ha dado orden expresa de recluirlo en una celda de castigo y no permitirle más visita, exclusivamente, que la de su madre. Insisto y el comandante—con toda cortesía y visiblemente contrariado por no poder atendernos; he observado en todos los militares de aquí cierta repugnancia en hacerse odiosos a los paisanos—se muestra contrario a la petición y... desistimos de ver a Salinas.

De la ciudadela marchamos a la cárcel. El abogado que nos acompaña logra nuestro acceso. Es temprano. Algunos duermen aún. La cárcel es

inmunda. Hablo con el presidente de la Juventud Socialista de Jaca. Está preso por haber figurado en el Ayuntamiento republicano. «Desgracia... mucha desgracia»... Tiene gran concepto de Galán.

Ahora hablo con don Pío, el alcalde. Hombre de más de cincuenta años, sencillo. Habla como hombre que está despertando de una pesadilla.—¿Conocía usted a Galán? «Antes de ese día nunca hablé con él.»—¿Tenía usted noticias del movimiento? «Conocía el propósito general de los republicanos, pero lo de Galán me sorprendió.»—Al ser requerido para la alcaldía, ¿qué pensó usted? «No me paré a pensar nada. Se me pedía un servicio para la República, ¿iba yo a vacilar?»—¿Qué opinión tiene usted de Galán? «Era un caballero y un hombre de valor.»—¿Cómo acogió la población de Jaca el movimiento republicano? «Con alegría indecible.»—¿Con sorpresa? «Aquí nadie sabía lo que se fraguaba. Dicen que Galán era hombre muy reservado y de una gran fuerza de captación. Tenía, por lo visto, gran ascendiente sobre sus amigos.»—¿Ayudó el pueblo al movimiento? «Enteramente.»—¿Cómo ocurrió? «Las tropas sublevadas al mando de Galán se reunieron en la plaza. Galán mandó firmes y ordenó sacar la bandera republicana—cuya existencia sí se sabía de hace mucho tiempo—. Llegó a la plaza la bandera escoltada solamente por oficiales con los sables desenvainados. Las bandas y trompetas tocaron la «Marselesa». Entonces Galán dijo: «Soldados: ¿queréis servir a la República?» Un sí estentóreo fué la contestación, y las tropas, sin orden para hacerlo, se arrancaron las coronas que llevaban en los uniformes. Galán vol-

vió a preguntar: «Ciudadanos y soldados: ¿queréis servir a la República?» El ¡sí! fué general. Hombres, mujeres, niños, lloraban de emoción. Entonces, entre el clamor general, fué izada la bandera en el Ayuntamiento y me confirieron el gobierno de Jaca.»—Si Galán se hubiese quedado en Jaca, ¿cree usted que el movimiento hubiera triunfado? «Con toda seguridad. Creo que una de las causas del desastre fué el estado de cansancio físico de las tropas y la falta de alimentación. Aquí hubieran tenido de todo.»—¿Cree usted estéril el movimiento? «De ningún modo. Ningún sacrificio es estéril. De mí puedo decirle que me iba sintiendo viejo y ahora me siento joven. Aquí rodeado de estos muchachos que me tratan como a un camarada; de estos muchachos en plena vida, con su carrera terminada que, sin más incentivo que el ideal, no han vacilado en arriesgar hasta la vida por la República, he aprendido mucho. No me importa lo que venga. Estoy más republicano que cuando entré. Pienso que para ser hombre hay que ser republicano y que para ser republicano hay que jugarse la vida como estos muchachos. Diga usted esto—sospecho que me cree periodista—, dígallo. No claudico ni me importa lo que venga porque... soy un muchacho como ese—me señala al abogado Rico—. Rico es madrileño. Cree conocerme y yo a él.»—¿Acaso de la tertulia de la Granja? «No. No he ido nunca a la tertulia. No estoy presentado a Díaz Fernández. Conozco sus libros: «El bloqueo», etc., etc...; pero no estoy presentado.»—¿Cree usted que de no haber salido de Jaca triunfa Galán? «Sin duda.»

Después de comer vamos otra vez a la ciudadela a visitar los presos de Ayerbe. Imposible. Se ha recibido orden de suspender hoy las visitas que no sean de familiares, previa documentación. Los presos se agrupan en la puerta del pabellón en que están reclusos. Dos centinelas y el capitán de guardia. El coche nuestro para ante el pabellón. Los presos reconocen al hombre de la facundia y se arma un gori ensordecedor. Mi buen hombre se enardece y de no intervenir el capitán echa un discurso.

Uno de mis amigos entrega un paquete con gran cantidad de cajetillas. El capitán lo toma, y al leer un rotulito a lápiz que dice: «A los presos de Ayerbe, el Partido R. S. de Zaragoza», exclama: «Esto es un homenaje, ha de saberlo el comandante.» A poco, por este incidente, nos quedamos en Jaca. El de la facundia trata de huir; el capitán—muchacho correcto, simpático, ecuanime—no quiere enterarse. Los presos gritan: «No somos criminales, somos republica-

COSAS DE AYER, HOY Y MAÑANA



Se han trocado los papeles: El Capital y el Trabajo.

Original de Lorenzo Brunet,
Ayuntamiento de Madrid

nos.» El capitán ríe correctísimo. Un preso: «Si ya te conocemos, capitán.» Otro: «Si eres bueno.» Otro (con exclamación del más puro acento aragonés): «¡Cuando vayas por Ayerbe, ya te alojaremos bien, ya!» Hay un tanto de barullo.

El capitán: Yo no puedo decidir.

Un amigo: Quitaremos el rótulo.

Capitán: Ya no es posible. (Rumores.)

El chófer (que ha perdido la ecuanimidad): Capitán, con todos los respetos: El general Berenguer ha definido estos días diciendo que el ser republicano no es delito.

Capitán (siempre sonriente): Si yo no digo nada. Yo, mis ideas políticas no las digo... ni las pregunto... por...

Alborozo en los presos. El tabaco pasa al despacho del comandante y nosotros nos retiramos entre el clamoreo de los presos. Sigue nevando. El chófer teme que la nieve cierre el puerto y no podamos regresar por carretera. Hay que darse prisa. Vamos al cuartel de Galicia a visitar a los presos restantes. Nueva intervención del abogado que nos acompaña. Accede el jefe de la guardia. Pasamos al patio del cuartel. También todo esto me parece impregnado de Galán. Aquí empezó el movimiento. Unos centinelas con bayonetas acotan un rectángulo del patio inmenso. La nevada es copiosa. Salen los presos. Unos doce. La mayoría muchachos. Todos usan lentes. Están macilentos, con esa pátima que sólo adquieren los reclusos en los calabozos cuarteros. (Lo recuerdo de mi tiempo de militar.) Con nosotros entraron algunas muchachas de Jaca. Es moda en la muchachería femenina del pueblo visitar a los presos de la Revolución.

La nieve cada vez es más copiosa. Estos hombres jóvenes, que visten gabán y tienen crecidas las barbas al estilo bolchevique, que usan antiparras «intelectuales», en este ambiente de prisión y bajo esta nevada, nos hacen pensar en Rusia. ¿Cuándo se ha visto esto en España? Nos saludamos como antiguos conocidos, y lo probable es que sea esta la vez primera que nos vemos. Uno de ellos me dice: «Usted y yo estamos presentados.» No recuerdo. «En Madrid, en la tertulia de...». Es el maestro de escuela Valseca. Vino a Jaca para unirse al movimiento. Habla poco. ¿Procesado? «Por sedición, etc...» El forma grupo. Todos están animosos. El habla bien de Galán.

Es tan intensa la nevada y nuestro chófer insiste tanto en ganar tiempo, que decidimos partir de Jaca. Al despedirme del maestro de escuela le digo: «Para lo que sea, sea del orden que sea; si algo necesita escriba a Madrid». «Gracias, gracias.»



Recuerdos de la Rusia zarista.

En las afueras, para despedirnos, nos aguardan todos los amigos de aquí con quienes hemos hablado: obreros, intelectuales... Uno de ellos me comunica la situación miserable en que viven los familiares de los sargentos y oficiales subalternos procesados. Le encargo la confección de una lista detallada para que la envíe a Madrid, y le doy una dirección. Espero que se haga lo que sea posible. Por los amigos de Zaragoza que conocen el medio eficaz podrían enviarse los fondos. Hay cierta emoción en la despedida.

La nieve nos hace caminar lentos. Yo aprovecho esta circunstancia para ir imaginándome la marcha de la columna de Galán que salió de Jaca a esta hora precisamente, tres de la tarde. El factor principal del desastre fué la pérdida de tiempo. «No es posible imaginar una suma idéntica de incidentes desgraciados», me decía el abogado Rico. El cálculo hecho a base de la rapidez falló en su base. Debieron salir a las diez de la mañana y no lo lograron hasta las tres de la tarde. Luego, por una y otra causas, la marcha fué lentísima. Son varios los poblados y caseríos que hay en el camino hasta Ayerbe. En el que menos se detuvo la columna una hora. Galán no quería verter sangre inocente y apeló a la persuasión. Yo logro evadirme de él y doy rienda suelta a la imaginación. Por aquí desfiló Galán, como un auténtico héroe de tragedia. No he podido adquirir ningún elemento de información que descubra el estado de ánimo de Galán—estado íntimo y positivo—: era tan hermético cuando quería...; pero, sin saber por qué, estoy en la certidumbre de que cuando salió de Jaca ya no creía en el éxito del movimiento. Hay algo, a mi entender, en todo protagonista de gran tragedia, que le hace presentir la proximidad de la

muerte, y esto precisamente es lo que le da la mayor grandeza.

Algunos detalles—como el de las telefonistas—que exigían previsión fueron destatendidos. Al llegar al sitio en que la columna tropezó con el general, dice uno de mis acompañantes: «Aquí levantaremos un monumento que recuerde el primer choque de las tropas de la República con los cochinos realistas.» Y se queda tan satisfecho.

Por fin, atravesamos Ayerbe—ya ha pasado el festival—, y como han terminado las curvas, el «auto» corre durante una hora hasta ponernos en Huesca. En el Casino descansamos y charlamos con algunos republicanos. Se habla bien de Galán. Los comprometidos de Huesca a última hora sintieron miedo, esta es la palabra, pues pudieron atacar por la espalda a la columna que vino de Zaragoza. Una cosa alentadora he podido comprobar: que los republicanos civiles no han desmayado por el fracaso, al contrario.

Cuando va es de noche emprendemos el regreso a Zaragoza. ¡Ah!, y silenciosos, poniendo en orden las ideas, retornamos los tres amigos. A poco de salir de Huesca, el cementerio. Para el «auto» un instante y contemplamos el panorama. ¿Será estéril el sacrificio? Yo me he despedido de Galán considerándolo el hombre de corazón más grande que he conocido. ¿Excepcionalmente inteligente? También. Pero creo que en el movimiento definitivo decidía en él el corazón por sobre la inteligencia y que su gran inteligencia en este caso concreto sólo le sirvió para depositar en su alma unas gotas de escepticismo. En lo que todos coinciden es en maravillarse de la manera tan masculina que supo morir.

También produjo sensación G. Hernández, pero personaje secundario en la tragedia ha dejado huella menor. Lo cierto es que el nombre de Galán perdurará en las gentes de por allí durante varias generaciones. Ya cerca de Zaragoza tuvimos un pinchazo. Ya en marcha subimos al coche a un «matraco» caminante. También es republicano. Mis acompañantes se dan a conocer con gran regocijo del campesino. Cuando ha llegado a su terreno al despedirse uno de los amigos me presenta: «Este señor es hermano de don Niceto Alcalá Zamora, que ha venido a ver cómo anda esto.» El pobre hombre se me descubre y queda boquiabierto. El «auto» escapa y el «matraco» quedaría pensando: «No hay duda, la revolución está en marcha.»

Esto es todo, contado a vuela pluma y a mi manera. Cuando conversemos acaso salga algo más.

Abrazos.—M.

Un hombre: un espejo que se pasea a lo largo de un camino

por TEÓFILO ORTEGA

(Conclusión)

Por estas manifestaciones del sugerente biólogo alemán, el lector, si no ha llegado anteriormente, arrancará de este principio salvador: que en torno nuestro y sobre nuestras cabezas, hay algo que desconocemos, que no podemos ni siquiera expresar. Salvando lo que esta consecuencia tiene de inmediatamente materialista, la cuestión sitúa al espíritu en una postura tensa, erecta y vigilante, como el arco en ademán de lanzar la flecha. ¿Hasta dónde llegará su pensamiento si desde tan encumbrada posición apunta? Porque, repetimos, no es ya sólo lo que está en torno de la pupila y ésta no ve, sino lo que circunda, lo que envuelve y acosa al espíritu y éste no percibe, no siente, no puede conocer.

Es el mismo barón Jakob Von Uexküll quien va a decirnoslo, porque difícilmente, en claridad y nutrida doctrina, podríamos nosotros superarle:

«El mundo circundante de estos animales superiores muestra una formación de muy diversa especie en correspondencia con su espejo nervioso; y si pudiéramos tener ante nuestra vista espiritual los diversos sistemas nerviosos de los animales, como vidrios de colores ante la corporal, conoceríamos el mundo bajo mil formas diversas, comenzando por la mayor sencillez, como se muestra el mundo circundante de la lombriz de tierra, en el que sólo hay una izquierda y una derecha, subiendo por el mundo circundante del cangrejo maya, que sólo consiste en manchas de colores, hasta el de los insectos, que consiste en un fondo de manchas claras y oscuras sobre el que destacan los contornos de diversos e importantes objetos, como, por ejemplo, los animales en los que hacen presa.

«Cuanto más avanzamos en el conocimiento de los animales y de sus mundos circundantes, tanto más se nos impone la cuestión de cómo es el mundo que nos rodea a nosotros mismos. Acaso, aun siendo tanto más rico y diversos que el mundo circundante de los animales, ¿no será el extremo de riqueza y hermosura? ¿Estando también nosotros mismos limitados y encerrados por nuestro mundo circundante, como los animales por los suvos, que apenas contienen un reflejo de la riqueza del mundo que nosotros vemos extendida alrededor de los animales? Y si esto es así, ¿hay algún indicio de la existencia de un mundo

más alto, mayor, más rico, del cual nosotros estamos exceptuados porque nuestros órganos de los sentidos y nuestro cerebro están tan pobremente contruidos?

«Ciertamente, hay ese indicio. Hermann Keyserling, en su hermoso libro sobre la inmortalidad, alude a que estamos rodeados por todas partes de un mundo sobrepersonal. Sabemos bien que cada animal representa una unidad desde el germen hasta la madurez. Pero con nuestra corta vista sólo vemos los miembros aislados, no vemos la cadena. Sólo forman una unidad para nosotros las partes de los organismos vecinas en el espacio; a las altas organizaciones cuyas partes se tiende la mano en el tiempo, tenemos que reconocerlas como realidades, pero no podemos conocerlas. Es verdad siempre lo dicho por Platón al atribuir a sus ideas suprasensibles una realidad más alta que la del mundo de los sentidos. Nos rodean como los más altos picos de una montaña envuelta en niebla; nos dominan, pues también nuestra propia vida está formada para una unidad más alta, pero no la conocemos.»

Por este camino, dentro y fuera de la biología, el lector puede ir muy lejos. El panorama que se abre ante sus ojos es inmenso. Lleparía muchas páginas el detallar los libros que a este tema se refieren más o menos directamente. Digamos que es aspecto sobre el que hoy, en nuestro siglo de las máquinas, miles de inteligencias están en estudio, y con esto indicaremos claramente la virtual actualidad del tema. Nadie puede mostrarse ajeno a él, porque este árbol magnífico ahonda sus raíces en la mayor y mejor parte de las tierras del humano saber.

Dejemos un momento la pluma para tomarla y recuperar el tema un poco más adelante.

II

Interesados en este sugestivo tema del mundo circundante y mundo íntimo, vamos percibiendo que cada avance significa un descubrimiento de mayor anchura, de más distante e inasequible horizonte. No será a destiempo el traer aquí el recuerdo del filósofo Simónides, quien habiéndole preguntado el tirano Hierón qué cosa era Dios, pidió, considerando que un momento de reflexión sería corto plazo, un día de término para deliberar. Pasado éste, cuando de nuevo volvió a encontrarse con la misma ansiosa

interrogación del tirano, no tuvo para él otras palabras que las de solicitar doble tregua, dos días, para seguir en su examen; y acabada ésta, persistió en su demanda de plazo, cada vez más largo, hasta que llegó un momento en que no pudo el tirano refrenar su impaciencia, le obligó a justificar su tardanza, respondiéndole sencillamente que cuanto más consideraba «qué cosa es Dios», más oscuro le parecía. Así como un tesoro tan profundamente escondido, que cuanto más se ahonda mayor y más intensa es la negrura que envuelve.

Hemos dicho, y han dicho otros observadores más autorizados, que como el color no puede decirse que existe sin la luz, que es quien lo crea, el mundo circundante necesita previamente para existir de una pupila y un pensamiento humano que le contemple y enjuicie. Al azar detenemos la atención sobre estas palabras de Schopenhauer:

—Todo cuanto existe, existe para el pensamiento; es decir, el universo entero no es objeto más que con relación a un sujeto, no es percepción más que con relación a un espíritu que percibe: en una palabra, es pura representación. No puedo yo decir que veo el sol, que toco la tierra, sino que tengo unos ojos que ven el sol, unas manos que tocan la tierra.

Pero del hecho de que el color precisa insustituiblemente de la luz, que es quien le redime de la nada, surge, brincando graciosamente, un enigma tentador: si el color depende de la luz que sobre él se detenga, y no hay dos luces iguales, podemos también afirmar que el mundo en torno depende de nuestra luz peculiar. ¿Y el color, es igual para todos los ojos, aunque sea creado por la misma luz? ¿No puede ser distinto para cada mirada, como es distinto según la luz que le crea al fundirse con él? ¿El rojo, será lo mismo rojo para dos espectadores colocados ante él, y el negro, negro? ¿Acaso no habrá finos matices, diferencias? ¿No impresionará a uno el rojo y a otro le dejará indiferentes, es decir, que a sus ojos no les producirá ninguna emoción? En torno a la distinta elección de colores por la diferente sensibilidad del que elige; al repudio y atracción de unos y otros, podíamos profundizar relacionándolo con lo distintamente que repercute un mismo color sobre unas y otras pupilas. Lo que a uno horroriza o exalta, a otro encalma y apacigua. Hacia ese mismo color ro-

jo de la sangre, es donde el lector puede dirigir una inspección de sus reacciones ante ella y de las reacciones de los demás.

Nos aventuramos a sentar una afirmación quizá en extremo arriesgada: cada hombre, cada espíritu, es, respecto al conocimiento y estudio de los demás, una luz que les crea, según cada uno es, como según la luz que ilumina, surge y se muestra un color. Ni hay una luz absolutamente pura, desligada de todo matiz, bajo la cual el objeto brinde su forma y su color auténtico, ni tampoco puede existir en un humano el juicio puro, filtrado de todo poso apasionado, de todo subjetivismo, merced al cual se ve al hombre tal y como es, sin ningún velo de interpretación personal. Sólo el Hacedor puede verle desnudo, con una luz en la que no se mezcle el corrosivo, en la visión, del matiz humano.

Autoricemos estas aventuradas ideas con la fuerza indiscutible de unas palabras que a su fondo más íntimo, con el nexo y unión de igual tema, están unidas:

—Por las puertas de los sentidos—dice nuestro Luis Vives—llegamos a la inteligencia de la realidad, pues carecemos de otro medio para semejante fin mientras permanecemos encerrados en esta cárcel corporal. Del mismo modo que los que se hallan en una habitación donde únicamente hay un postigo, si quieren ver algo del exterior, sólo pueden contemplar la parte que permite la abertura, así nosotros nada vemos en este mundo de lo que nuestros sentidos nos muestran. Si algo más allá va nuestro entendimiento, es siempre apoyado en el dato sensorial. Así, pues, cuando decimos que una cosa es o no es, que es de esta o de la otra manera, que tiene tales o cuales propiedades, juzgamos según la sentencia de nuestro ánimo, no según las cosas mismas—*non ex rebus ipsis*—porque no es para nosotros la realidad la medida de sí misma, sino nuestro entendimiento; cuando decimos que son buenas o malas, útiles o inútiles las cosas, no las juzgamos según son en sí, sino según son para nosotros, siguiendo en ello el testimonio de los sentidos, aunque a veces resuete contrario al de la razón... Pensamos, pues, de las cosas, no según su propia naturaleza, sino según nuestra estimación y juicio.

Así como para el icterico, influido decisivamente por su enfermedad, todo lo que le rodea se halla envuelto en una tenue gasa amarilla, pueden—trasladado el efecto del mundo físico a otro equivalente del mundo moral—existir ictericos del espíritu, para los cuales sólo tienen un corrompido co-

lor amarillento cuantos objetos espirituales les circundan. Es decir, hombres de innata y misteriosa propensión a ver todo envuelto en negruras—grillos del pesimismo que les sujeta a una ininterrumpida desesperanza; en tanto que a su lado, viviendo lo que ellos viven y contemplando cuanto ellos ven, otros encontrarán en cuanto les rodea—en alas de un ingenuo optimismo—todo perfectamente armónico y organizado. El vulgo, o alguien que no estaba lejos del vulgo, en su forma de enjuiciar exacta y prácticamente una gran verdad, ya lo había dicho: «Que en este mundo traidor—nada es verdad ni es mentira—, todo es según el color—del cristal con que se mira». Y lo terrible de aquel castigo de Jehová, ante el espectáculo de la humanidad desconfiada que pretendía llegar a las alturas cuando todavía sus corazones palpitaban—como si no fuese necesario detener los impulsos del corazón, para hundir los labios en la esperada y entrevista dulzura—, no debió ser solamente el desencadenar sobre las bocas una lluvia de palabras nuevas y distintas, con las cuales germinó el desconcierto de los diferentes idiomas, sino que debió ser allí mismo, entre el tumulto de no comprenderse momentos después de haberse entendido, cuando añadió el castigo de la multitud de palabras para expresar un mismo pensamiento, el otro castigo cruel de poner ante cada pupila y ante cada inteligencia humana, un

cristal distinto, con lo cual, para los que en el terreno del espíritu era amanecer diáfano, se cerró en noche oscura, y así, por dos causas ensalzadas por el ideal, por rectos y fogosos imperativos de conciencia, comenzaron a encontrarse los hombres pecho a pecho y mirada a mirada. Acaso si fue cuando entregó el Hacedor al hombre en brazos de su mayor grandeza y de su más profunda servidumbre: la de ver cada uno la realidad como ningún otro semejante puede verla, produciéndose así recta, noblemente, los más distintos pareceres.

Mas no afirmemos nada. Acaso no sea una maldición, sino una facultad más del hombre—no incluida en la «Disputa del asno contra fray Anselmo de Turmeda»—que le coloca sobre el nivel de las bestias. Ellas tienen su mundo circundante, su mundo perceptible; pero no poseen elementos para su conocimiento y definición. Al hombre se le ha concedido esta gracia: la de que cuando es feliz o desventurado no sólo se siente poseído por la dicha o la desgracia, sino que además sabe «cómo es feliz, cómo es desventurado». Esta sencillísima facultad, que está muy lejos de ser un descubrimiento, no se disipa porque la recordemos una vez más.

Al escribir sobre nuestra luz en torno, uno de los panoramas que más sugieren y atraen es el amoroso. Es conocida la perpejidad platónica, ante la aparentemente falta de lógica de los amantes. El amor, suele decirse, es ciego; y de esto es de lo que precisamente dudaba Platón. ¿No será, por el contrario, que amar no es cegarse, sino ver lo que ninguno otro llega a ver? En el apartamiento silencioso y recatado en el que los ojos del amante se fusionan con los de la amada, deben deslizarse imágenes prodigiosas cuyo paso no distingue la mirada distraída del peatón. Esto es lo que justifica plenamente todos esos extravíos del individuo, que llegan a un insuperable absurdo en los confines de Cupido. El hombre loco de amor por una mujer que, a nuestros ojos y a nuestros juicios, no merece por su realidad física y espiritual que se fije en ella la mirada y la atención, tiene una justificación absoluta y definitiva, porque es indudable que algo positivo habrá para él, además de lo negativo que nosotros sólo vemos. Recordad al príncipe idiota León Nicolaiebitch (tejido con amarguras y torturas del mismo Fedor Dostoiewski), y a Nastasia Filipowna, y pensad en cuánto no vió desde el primer momento en aquel torrente de sufrimiento el pobre príncipe, para dejarse encadenar a su destino de manera tan tormentosa.

EX-LIBRIS POLITICO



La marca Ex-libris de D. Francisco Cambó.

Una interpretación del "Viaje y fin de don Frontán", farsa trágica

Por OTERO ESPASANDIN

Con esta nueva obra de teatro nos brinda Rafael Dieste una confirmación más de las posibilidades de su talento y un ejemplo, único en estos momentos nuestros, de seguridad y madurez estéticas.

En su obra «Viaje y fin de don Frontán», se enlazan y vinculan radicales de la escena clásica sobre un contenido dramático no por original menos humano y perenne. Una prueba feliz de cómo la tradición literaria, por vigente que sea y perfecciones y aciertos que atesore, no cohibe creaciones nuevas cuando son auténticas y entrañables. Esta obra, de líneas acusadas, firmes, y contextura recia, nos hace sentir el aliento encendido y hondo de un drama de Esquilo, no porque entrase el conseguirlo en los designios del autor, sino porque son unas las constantes que dominan en sus puros manantiales el espíritu humano.

El Peregrino y D. Frontán son personajes en parte afines, en cuanto a los dos les mueve un profundo anhelo expiatorio; pero su íntima actitud frente al destino los sitúa con una sima infranqueable en medio.

Al saber que el anciano muerto en las inmediaciones de su casucho era el padre de D. Frontán y no Nuestro Señor, como él creía, el Peregrino, que por no haberle dado albergue ha ido en penitencia a Tierra Santa, se siente defraudado y lleno de perplejidades. Un egoísmo subconsciente aflora entonces a plena luz de la conciencia; la codicia desvelada y la burla que sufre su designio expiatorio, aniquilan sus articulaciones vitales: la fe y la esperanza. Pero D. Frontán—el hijo que en su mocedad puso al padre en fuga con su impulsiva y estéril irreverencia—, que no puede ser escultor de sí mismo, logra reanimar en parte con dádivas terrenas la traza abatida del Peregrino, dádivas que éste, para consuelo y estímulo, ofrece a su mujer con una actitud de primigenia gallardía.

Con esto contrasta el conflicto de don Frontán, insoluble frente a cualquier absolución individual. Así rechaza el confesonario que le recomienda a la puerta de una iglesia uno de los pordioseros. Le brindan absolución de comprensión el pueblo, el coro, frente al guiñol, y el dramaturgo de guiñol (Pinturillas), que escenifica su drama; se la brinda de amor Salerosa. Pero no; él necesita ser hundido en el lodo por la condena para

renacer de él; necesita una absolución de furor que todos le niegan. Salerosa es la única que atisba, aunque tarde, la clave de su fracaso. A semejanza de Job, que se salva por el azote tremendo y creador de los gritos de Jehová, podría resucitar bajo el furor creador de humanidad de las multitudes el trágico D. Frontán.

La obra está recortada con mano firme y ágil sobre un denso silencio, un silencio de ecos eternos. En sus palabras, como el viento en cordajes de galeón, tiembla un lirismo de ímpetus sojuzgados, un rumor de pensamientos ceñidos por dialécticas invisibles. A su vez, la lejanía estelar de D. Frontán moribundo en contraste con la traza terrena de los seres que se reparten sus bienes, atiranta la pugna dramática de la obra y la sume en aceradas tensiones líricas. Los personajes se ciñen con el mismo rigor y fidelidad que el lenguaje a la situación dramática. Todo está previsto—gestos, objetos—, y organizado en categorías plásticas. Además Dieste, con una gran maestría, utiliza los silencios como una caja de resonancias o un cielo profundo sobre el que destacan, en recortado contraste, los diagonales de acero de la palabra.

Quiero aludir ahora a las raíces actuales del conflicto de la farsa trágica de Dieste. Es evidente el cisma disolutorio de nuestro tiempo; la falta de símbolos tutelares a que acogerse, contrariamente a lo que ocurre en momentos de madurez cultural. Este drama presente, el drama de quien carece de jerarquías estables que decidan en sus polémicas íntimas, puede deberse, bien a un derrumbamiento cultural como consecuencia de una atomización de los mitos y los símbolos, de las formas estables de los valores, o bien al hecho de encontrarse

en la fase auroral de una cultura nueva. En ambos casos, sólo podemos salvarnos por un retornar, no a símbolos sin eficacia, agotados, sino a las fuentes creadoras de símbolos. En «Viaje y fin de D. Frontán», aparece con la máxima agudeza este problema. D. Frontán es un personaje sin coordenadas salvadoras por haber perdido la fe en el Padre, que representa los símbolos tutelares de la cultura en esta interpretación. Sólo un retorno a las fuentes creadoras, al pueblo que le absolviera condenándolo, reacuñándole en la esfera de sus valores, por él desacatados, le podría salvar. Pero el pueblo, como el andariego dramaturgo, en vez de crear, justifica, como un abogado, la discordia. Y no hay solución para este hombre—águila en la charca o rana en el aire—, sin apoyaturas congruentes con su estructura. En el trance final, Pinturillas, el dramaturgo, incapaz de decidir por comprensión, sin poder superar ésta con un arrebatador, como haría el poeta trágico, se limita a llamar a los caseros. En cambio Salerosa, el símbolo del amor, de la maternidad, dice o reza, desde la entraña de su alma, palabras de pasión suprema para resucitar a D. Frontán de sus cenizas.

De igual modo, convirtiendo en un don que ofrecer a su mujer lo que él solo ya no sabría codiciar, puede el Peregrino incorporarse sobre el fracaso de su fe—una fe telúrico-religiosa aleada de ambición también, como luego reconoce. De donde resulta que llegados a trances agudos el hombre—lo hizo siempre—precisa dignificar su ambición—darle carácter religioso en el sentido más amplio—para poder aferrarse al mundo y desear el futuro.

Suc. de F. Peña Cruz, Pizarro, 16.-Madrid.

SUCESOR DE

E. PALEZ

FOTOGRAFADO

APARTADO 8.028
TELEFONO 32.254

38 AÑOS
DE PRÁCTICA.

QUINTANA 33. MADRID